

REVISTA GALAICA.

Año III.

Ferrol 15 de enero de 1876.

Núm.º 1.º

NUESTRA BANDERA.

I.

Estamos de enhorabuena. Vemos que una de las inteligencias más distinguidas del mundo moderno como Victor Hugo, consagraba su talento á anatematizar á los falsos cristianos ó mercaderes del templo, á la vez que nosotros lo hacíamos en nuestra *Historia de Galicia* y en estas páginas. Damos á continuación el artículo suyo *Jesucristo en el Vaticano*, porque no hay persona medianamente ilustrada que no deba leerlo,—en atención á que él despeja la incógnita respecto á la lucha siempre latente entre el clero y el pueblo.

Al enarbolar nuestra bandera en la prensa del país contra los modernos *levitas* que en un *dolce farniente* ó criminal holganza y con su correspondiente Caifás á la cabeza, explotan el oro y el sudor del prójimo en las sinagogas—llamadas católicas,—estábamos muy léjos de sospechar que el génio inmortal de un Victor Hugo se consagrara á la vez á tan noble tarea,—de modo que los que—en su ignorancia del estado social—pudieran considerarnos como *extraviados*, verán ahora lo contrario; verán que nosotros, cerniéndonos en un horizonte más levantado, poníamos el dedo en la llaga, denunciando á la execración general los verdaderos perturbadores y explotadores de los pueblos.

Si, políticos *menudos*; los que sois partidarios de tal ó cual secta política personificada en *cómicos* parlamentarios ó entidades desconocidas en el mundo del pensamiento como un Ruiz Zorrilla, un Sagasta, un Figueras ó un Salmeron,—la gran lucha social que se ha entablado y que reviste los más extraños caracteres porque no acaba de encauzarla nunca el elemento liberal,—que es el que más interesado debiera estar en ello,—no consiste en tal ó cual *forma de gobierno*, ni en si ha de ser el general Serrano ó Jovellar, ni el orador Castelar ó *Casteleiro* el que ha de regir los destinos del país,—sinó en si ha de dominar la sociedad el elemento clerical ó el elemento civil.

Que haya cesarismo, que haya monar-

quía, que haya república, la forma es lo de ménos para el sentimiento liberal de la nación, siempre que ese cesarismo, esa monarquía ó esa república no se docilite á las exigencias tenebrosas del clericalismo que, infiltrado en las grandes arterias sociales, pugna uno y otro día por esclavizar todo poder á su poder nefando.

Despejad la incógnita política; meditaad con sensatez sobre nuestras perturbaciones sociales; depurad los hechos en la historia y fuera de la historia, y no encontréis en el fondo del cuadro otra cosa que dos grandes partidos perfectamente precisados como la luz y la sombra, y que son *el clero y el pueblo*. Y entablada la lucha siempre—desde el druidismo de los celtas hasta el monopolio del *Syllabus*,—no es posible medias tintas; no hay otra disyuntiva que retroceder á la época de los reyes católicos y de la casa de Austria, esto es, la *monarquía teocrática*, ó aplastar la vívora clerical que entraña la sociedad civil en los senos de su altura y marchar resueltamente por la senda del orden y el progreso hácia el Canham prometido, hácia ese ideal democrático que viene conmoviendo á la humanidad desde el desenvolvimiento de la razón política en las antiguas sociedades griega y romana.

Considerad á la demagogia de ámbos partidos—la blanca y la roja—como escrescencias indispensables del hervidero político,—y purificando las aspiraciones ó el idealismo de ámbos partidos en el crisol del más puro criticismo, vereis que mientras uno—el clerical—está siempre en *carácter*, recto á su objetivo de dominarlo todo á nombre de Dios; el otro—el liberal—está siempre *incaracterizado* ó *escéntrico*, devorándose entre sí en luchas subjetivas y explotada su sangre y su oro por los guardianes del dogma, esto es, sus enemigos á muerte!—¡Cómo tiene lugar tal milagro! ¡Cómo el uno tan exiguo domina al más numeroso? La explicación es bien sencilla: porque en el uno hay *tacto de codos* y homogeneidad para subir á la altura entre las tinieblas de su destino ó modo de ser,—al paso que en

el otro la *disidencia* ó el personalismo está á la orden del día y carece, por consiguiente, de esa homogeneidad precisa para conseguirlo todo, no guiada por un falso ídolo personal, sinó guiada como debiera por su propio instinto de progreso social. En política no hay *personas* sinó *hechos*. Bismark es por sus *hechos*, como lo fué *Cavour*, como lo fué Garibaldi. Que prescinden estas figuras políticas de sus *hechos* contra el enemigo mortal de la sociedad, el mal clero; y caerán de su pedestal.

II.

Tal fué siempre nuestro modo de ver en política: tal fué *ayer* nuestra bandera: tal es hoy: ¡abajo los mercaderes del templo! ¡Abajo esa clericalla que predica la caridad y la mansedumbre, y es impía y soberbia; esa clericalla que *sermonea* en favor de la castidad y vive amancebada con inmundas *traviattas*; esa clericalla que en vez de mirar al *cielo*, mira á la *tierra*; esa clericalla que nada hace por amor al prójimo, sinó por dinero; esa clericalla que todo lo vende y todo lo compra y que Cristo anatematizó llamándola *raza de vivos, sepulcros blanqueados*. Esa clericalla inmoral y ante cristiana que, al trazar los primeros la *Historia de Galicia*, la encontramos dominando nuestras ciudades de Compostela, Orense, Lugo, Tuy y Mondoñedo, pues sus obispos eran otros tantos *señores* de horca y cuchillo, cuando Jesucristo había abolido todo señorío diciendo que *éramos hermanos é hijos de un mismo Padre*, Dios! Esa clericalla que pretende dominarlo todo en la cámara de nuestros reyes, en los parlamentos, en las audiencias ó palacios de justicia, en los municipios, en las escuelas públicas y hasta en el hogar doméstico! Esa clericalla que es en el cuerpo social lo que las escrófulas en el cuerpo humano, corruptora y corrompida! Esa clericalla que no supone otra cosa que una masonería de cómicos y merodeadores con ropa talar. Esa clericalla que se proclama así mismo como la guardadora de la moral, y su propia inmoralidad nos asombra por su ostensible cinismo. Esa clericalla, en fin, que se pasea cubierta de oro y seda por *entre los pobres*,—contradicción viva de la doctrina del manso cordero del Calvario que manda partir la capa con el mendigol

Ella es la que—valiéndose de ese irra-

cional fanatismo que inoculó en las venas sociales desde muy antiguo—levanta en armas nuestras provincias vascongadas como una amenaza viva de poder á poder, contra las libertades políticas que conquistamos al bañar nuestras frentes en la zona de luz de la civilización moderna. Ella, ella y ella!—la que ha conseguido hacerse temible hasta de nuestros gobiernos, porque éstos por su pusilanimidad y por su falta de energía, no están á la altura del progreso social de la época.

III.

Hé aquí, ahora, el cuadro que nos pinta Víctor Hugo, en perfecta consonancia con nuestras apreciaciones respecto á los *falsos cristianos*,—y que viene á dar más y más realce al escudo de armas de *nuestra bandera*.

BENITO VICETTO.

JESUCRISTO EN EL VATICANO.

A pesar de todo su respeto hácia el Eterno Padre, Jesucristo cierto día bostezaba en el cielo á riesgo de desencajarse las mandíbulas; se fastidiaba en aquella mansion de gloria.

Los oremus que antiguamente le cantaban seguían subiendo al paraíso; pero no iban dirigidos á él; ni siquiera se le celebraba la misa debidamente, la cual se abreviaba tanto como se podía cuando el oficiante debía ir á tomar parte en un buen almuerzo.

El Espíritu Santo y el Padre no tenían mejor ración.

—¿Qué es esto? dijo Jesús; ¿me habrían suprimido acaso los cristianos olvidadizos las oraciones y el incienso? Se dirigen mucho más á la Virgen María; la muchedumbre corre á orar en las capillas de los santos como antiguamente corrían y oraban los paganos de los dioses de oro y de madera; pero para mí es cuestión muy diferente.

Sin embargo, tengo en Roma al Padre Santo que según dicen es mi representante: él debiera sostener mi crédito entre los pueblos. ¿Me será acaso traidor? ¿habría absorbido el paganismo al viejo catolicismo?

Es menester que sin demora me vaya á Roma á examinar lo que se hace allí abajo y asegurarme de si el suso dicho vicario cuida ó no cuida mis negocios, ó si se ha apropiado para él solo el culto que me estaba destinado.

Despojémonos de la divina naturaleza, porque es preciso,—y tomemos el traje modesto y la humana figura que tenía en Judea cuando un gobernador tuvo la satisfacción de prenderme; de otro modo podría suceder que no me conocieran.

Dicho y hecho; el divino maestro toma su vuelo y de un solo tiron llega hasta las puertas del Vaticano.

Pregunta en donde vive el papa y se figura que le quieren engañar cuando le indican el palacio.

—¡Ah, ah! dice, nunca abría creído cuando nací en un pesebre, que llegase á ver á mi representante en tan opulenta mansion!

Entra sin embargo, pero á los primeros pasos un suizo engalanado de oro con la alabarda en el brazo le grita:

—¡Alto! á ver la carta de audiencia; es indispensable para entrar en la papal morada; los duques más encopetados que vienen á hacerle la corte necesitan un permiso firmado por el Padre Santo ó su secretario; ¿y crees tú que un pobrete de tu calaña que no tiene un céntimo como me figuro, puede entrar en este recinto? ¡Ea, vete! el siervo de los siervos de Dios no quieren recibir palurdos de tu clase.

Y esto diciendo le dá con la puerta en el hocico como suele decirse.

Atónito y estupefacto Jesucristo no pudiendo pensar que se le hiciese tan buena acogida, creyó haber comprendido mal, y se dijo que tal vez iba á renacer el tiempo de las persecuciones, y que un nuevo César enemigo de los cristianos volvía á levantar los paganos altares.

De tal modo se esplicaba aquel misterio. Aquellos guapos suizos eran los carceleros del Padre Santo.

¡Qué candidez y qué corazón tan sencillo!...

Solamente Dios podía cometer un error semejante.

—Hijo mio, yo soy Jesús, dijo este al mercenario; vengo á ver á mi representante á quien sin duda el emperador, devoto de Júpiter, quiere martirizar y lo tiene en algun calabozo, como sucedió antiguamente á mis primeros apóstoles...

El suizo á todo evento decia el padre nuestro, aunque el aire humilde y pobre del Señor no le pareciese merecer honra tanta.

—Os engañais, Jesús; César es el Padre Santo; este palacio es su morada ordinaria; los suizos no guardan á nadie más que á él; aquí nadie está encarcelado hoy más que los que vuestro vicario segun le da la gana, encierra porque huelen á herejía; pero todo es para bien de ellos y honra del culto cristiano. Y hasta algunas veces ahorca; pero yo soy un buen suizo y quiero ayudaros: la escalera de servicio es la que está en frente de vos; subid al aposento del ayuda de cámara que anuncia las audiencias, y si vos sabeis rogarle bien tal vez podreis hablar al sumo Pontífice.

Jesús se imaginaba subir otra vez á casa de Caifás.

—¡Pardiez! murmuraba; habita un palacio de plata y oro y yo no sabía muchas noches donde reclinar la cabeza; aquí segun se ve el pobre es un verdadero disturbio á la fiesta, yo fui pobre y prediqué la caridad, y no tuve ¡ay de mí! otros guardias que los infames que se jugaron mi túnica. El manda al patíbulo y yo fui llevado. A fé mia se ha de convenir en que si con su pompa triunfal este

suilano me representa, estoy por cierto muy mal representado.

Así hablando Jesús había subido.

En una vasta meseta se abre una inmensa sala; el Señor cree entrar en un mercado, bazar de objetos sin número, encanto fraudulento, donde el comprador puede estar seguro de ser engañado. Huesos carcomidos, medallas nuevas, ofenden el olfato ó brillan por doquiera. Muy numerosos dependientes, despabilados y con la vista á todas partes, atan paquetes y sirven á los parroquianos de quienes reciben muchos doblones; no cabe dudar, es una tienda. El empleado principal vestido enteramente de color de escarlata, viendo entrar á un hombre tan miserable se arrebató y grita:

—¡Cómo! ¿qué es esto? ¿un inmundo vagamundo penetra sin ceremonias en casa del Señor del universo?... ¿cómo has venido? ¿quién te trae aquí?... Más, tal vez esperando el perdón de alguna grave ofensa, vienes á implorar al vicario de Jesucristo habiéndote disfrazado de mendigo por penitencia. Vamos, esto es, habla; ¿qué te falta? ¿Has asesinado á alguno y temeroso del peligro le has dado de puñaladas por detrás? ¿has empuñado el arma con mano homicida asesinando á tu padre ó á tu madre? ¿has violado, como sagaz y entendido, á tu hija ó á tu hermana?

En Roma mediante cumquibus absolvemos de todas las debilidades humanas.

¿O bien quieres cruces, cirios, rosarios benditos! mucho mejor que si el mismo Jesucristo los hubiese consagrado?

¿O bien quieres comer de carne en cuaresmo y en los viernes y sábados?

¿O bien quieres de todos los santos que están en el cielo, las más preciosas reliquias á cual más auténticas?

Di, abre la bolsa y vacía escudos: no se haría más para el mismo emperador de Austria. Sino puedes pagar, vete aprisa, despeja; nos está mandado por la bula papal de no dar nada sin dinero. El rico venga á nosotros, el indigente váyase al demonio.

—Hé aquí, se dijo Jesús, un oficio magnífico, En verdad esa gente no tiene más vergüenza que la que en los tiempos antiguos tenían los escribas y los fariseos. Aquí no son cristianos, no es posible creerlo; sería hacer demasiado ultraje á mi nombre el encubrir con él tan innoble tráfico, con el cual roban sin pudor á todo el mundo. Pero veámos hasta el fin su estraña conducta.

—Tengo poco tiempo que perder y quisiera hablar en seguida al padre de los cristianos, dijo al cardenal, vendedor de piadosos nada...

—¡Hablar al papa! ¡no faltaba más! ¡miren el perdido! ¡Se estará burlando de mí. ¿Te has figurado, canalla, que te sería permitido besar de rodillas la babucha sagrada del sumo pontífice? Te engañas, bendito; no se calza el papa para ti. Y vamos, sal pronto de aquí si no quieres saborear al instante las dulzuras de una mazmorra.

—Quiero, sacerdote, disipar tu error. Bajo esos miserables vestidos, reconoce á tu amo y señor. Yo soy Cristo; ahora tal vez me será permitido ver á tu Padre Santo que de mí únicamente tiene su poder.]

—¡Tú, Jesús! le interrumpió el cardenal; ¡tú, Jesús! me gusta la salida; permite que me ría. Pues qué, ¿el poderoso señor de los cielos tendría tu pobre figura y tu aspecto piadoso, y tus magrientos andrajos, signos de la miseria, como únicamente se ven en el Transtevere? Cuéntaselo á tu tía, que á mí no me la pegas.

Además, aunque dijese la verdad no llegarías hasta su santidad. ¡*Per Bacco!* otros negocios tiene que hacer mucho más importantes que pensar en Cristo, en el cielo y en el breviario. La Romanía se agita, y las Legaciones se abandonan al viento de la revolución: el poder temporal se nos escapa, y creo que vale este poder la preferencia á todo otro bien.

Y en fin, si es verdad que sois Jesús, no podeis acusar á nadie de recibir semejante negativa. ¿Por qué no apareciais en toda vuestra gloria y en todo vuestro esplendor? Entónces os hubiéramos recibido con agrado: habria sido una victoria grande contra todos nuestros enemigos. ¡Más cómo lo habeis hecho ahora! Vestido de mendigo. El papa se avergonzaria de reconocer á un Dios mal perjeñado de esa manera. Permitidme, pues, amigo, que os cierre la entrada...

El cardenal hablaba todavía cuando Jesucristo como en el monte Tabor, se habia transfigurado. En su mirada austera se encendian los rayos de cólera santa que le animaban cuando en otro tiempo arrojó los mercaderes del templo santo.

Los publicanos, tan hinchados al principio de insolencia, esperaban ahora en cobarde silencio la tempestad que rugía en el alma del Señor, que estalló con acento terrible:

—¡Ay de vosotros, raza de víboras, abusadores desvergonzados de la fé de vuestros hermanos!... ¡Ay de vosotros! ¡ay de vosotros, sacerdotes fariseos, hipócritas adornados con el hermoso nombre de cristianos, que velais mis doctrinas con mil mentiras y sofismas y manchais mis altares con execrandas idolatrías! será preciso recordaros lo que mi ley manda? Ciegos, conductores de ciegos, huid léjos de mí. ¿Será preciso recordaros que yo pasé la vida predicando la dulzura, el perdón, el amor, la esperanza en Dios y todas las virtudes de las que haceis tan poco caso? ¿Sufri yo nunca en mi humilde existencia que me saludasen con el nombre de Grandeza ó de Eminencia? ¿Me revestí yo alguna vez de oro y púrpura? ¿Aumenté yo mi tesoro con el sudor de los pobres? Jerusalem me vió montado en una burra, y el pueblo romano sin que esto le ofenda, contempla á vuestro jefe y no á su Santidad llevado en triunfo en hombros de otros iguales suyos. Me sorprende como su intrépido orgullo no les ha puesto todavía una silla de montar y un freno...

Ved ahí como se sigue mi ejemplo y mis leyes...

¿Quién de vosotros, mostrándose humilde una sóla vez, ha dado su capa al que le tomaba la túnica? Por los tesoros mundanos que el ladrón roba, dariais vosotros una y cien veces los tesoros del cielo... Vuestro corazon es el altar de la codicia; siempre están dispuestas vuestras manos á recibir donativos y dinero; y nunca del pobre las conmovedoras peticiones os han conmovido; ménos sacerdotes que dependientes, ménos pastores que carniceros, robais de vuestros rebaños la leche, la carne y la lana.

La Iglesia para vosotros no es más que un dominio terrenal. La salvacion eterna y la gloria del cielo os importan muy poco y ni siquiera os interesan. Tan solo os importa é interesa el dinero... ¡Oro, venga el oro hácia nosotros! Tal es vuestra máxima. Ser pobre es para vosotros el mayor, el único crimen. Vuestros ojos son engañosos, vuestros lábios destilan palabras de miel; vuestro rostro miente... vuestro corazon es de hiel.

Sois rígidos para los demás, y para vosotros muy indulgentes; nunca habeis sabido perdonar una ofensa... os gusta ser los primeros por doquiera.

El mayor de entre vosotros se titula siervo de mis siervos; miente como una bula... ¿Se besa acaso la babucha del siervo de todos?

Si algun desgraciado piensa diferente de vosotros, si quiere romper las cadenas con que oprimis, vuestra cólera y saña lo entrega á los verdugos invocando el nombre de justicia...

Yo he dicho: Misericordia y no sacrificio.

Yo he dicho: Dad gratis lo que os fué dado gratis.

Y sin embargo, al pueblo le exigís rescate y le vendeis el bautismo el dia que nace; vendeis al pecador la inútil indulgencia; vendeis á los amantes el derecho de casarse; vendeis á los moribundos el derecho de agonizar; vendeis á los difuntos la misa funeral; vendeis á sus parientes el oficio aniversario; y vendeis oraciones, misas, comuniones; vendeis rosarios, cruces, bendiciones. Nada es sagrado para vosotros; todo es mercancía, y no se puede dar un paso en vuestra iglesia sin pagar por entrar, sin pagar para sentarse, sin pagar para orar. El altar es una mesa para contar dinero. El papado del universo es el gran usurero. Mi casa de aquí bajo es mansion de oraciones y vosotros la habeis convertido en guarida de ladrones. En ella vendeis los favores de la Virgen María, lo mismo que en más sucios lugares se vende el amor de las mujeres.

Todo refleja en vosotros la fealdad de vuestras almas, sepulcros blanqueados... Pero, escribas, vuestros antepasados eran ménos perversos... vosotros ni siquiera sois sepulcros blanqueados. . . .

Validos de actas falsas, de robos y estorsiones, de los Borgia, de la astucia y de la usurpacion, vuestras quintas, decís, forman el patrimonio de San Pedro: todo hombre debe obrar en él como fraile y no como ciudadano.

Pensar, es un delito que vuestra ley condena, que vuestra ley castiga.

Aquí reinan con vosotros el orgullo y la avaricia; el hipócrita y el necio venden la justicia; aquí el único deber consiste en arrastrarse á vuestros piés; eso es lo que llamais el poder temporal, poder en que nunca soñó mi pobre Pedro.

Vosotros no invocais al cielo más que para reinar en la tierra. Más los tiempos han cambiado... Cansados del yugo clerical, vuestros Estados romperán el caduco cetro teocrático; ya la libertad sonríe en Romanía, y vuestros vasallos romanos á quienes la rebelion inspira, si Francia no hubiese restablecido sus tiranos, habríais sido espulsados desde hace muchos años.

Temblad, sacerdotes del papa, raza de viboras, los hijos completarán la obra comenzada por los padres.»

Los dependientes tonsurados, consternados, aturcidos, temblaban todavía á la voz de Jesús, cuando él estaba de vuelta á su corte inmortal.

Aquel mismo dia se supo en Roma la noticia de que Bolonia, arrojando al legado cardenal, habia destituido á su rey pontifical, y de que adornando con nuevo lustre su antigua historia, acababa de elegir un poder provisional.

Londres, enero de 1861.

Victor Hugo.

DOLOR SIN NOMBRE.

¿Cómo habré de mostrarte yo la impía herida que en mi pecho abrió tu mano, si en el lenguaje del dolor humano no hay palabras que pinten mi agonía?

La boca orlada de sangrienta espuma del hombre á cruel tormento sometido, no hasta á reflejar en su gemido el dolor infinito que me abruma.

Ni el grito del marino que, demente, persigue entre las sombras la mirada del Dios que empuja la tormenta airada para tambien mirarle frente á frente.

Ni la sorda expresion desgarradora del que cómplices mira de su afrenta el amigo traidor á quien sustenta y la adúltera esposa á quien adora.

Ni el sollozo del pobre desterrado que muere al fin en apartado suelo y no piensa, al morir, más que en uncielo, el cielo de la pátria que ha dejado.

No hay voz de mi dolor dócil exclava; que el lenguaje del hombre en su pobreza, si es elocuente ante el dolor que empieza, enmudece ante aquel que nunca acaba.

T. III.

Los bramidos del mar siempre iracundo, del mar que sufre en su prision amarga, son pobres notas del dolor que embarga mi corazon cansado y moribundo.

Necesito en mi duelo sempiterno para expresarte cuanto mi alma encierra, olvidar el lenguaje de la tierra y aprender el que se habla en el infierno.

JESÚS MURUAIS.

Madrid, 1875.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

EL SITIO DE LUGO POR MAHAMUH.

I.

Una mancha mal lavada.

El Mao, que en el dialecto provincial significa malo, es un pequeño rio que nace en San Salvador del Valle de su nombre, atraviesa la parroquia de San Eufrasio y el lugar de Veiga, corriendo de Norte á Sur hasta el orgulloso cerro de Rendar; faldea despues los elegantes flancos de Eirejalda, tirando hácia el Oeste, y continúa sus caprichosos giros hasta incorporarse al Cabe en Fornelas ó Santa Maria da Parte.

Cuando el serpenteante Mao pasa por Santa Maria de Goó, que deja á su derecha, se le une otro ménos caudaloso, formado de las continuas vertientes de la Eirejalda. En la confluencia de estos dos rios, se alza el gigantesco cerro de Rendar, sombreando de negruzcas rocas hasta su base circular, en donde las aguas de los dos rios pugnan por abrir paso á través de aquellas endurecidas masas de hierro, bronceadas y negras, cuyo color reflejan.

Al registrar el viajero aquella hondonada espantosa, revestida de un carácter tan lúgubre y solemne, y donde rugen los rios con violento estrépito como si desgarrasen los hacinados peñascos que se agrupan á su cauce, la impresion profunda que experimenta, le hace apartar los ojos de aquellos despeñaderos por un natural impulso de horror, ansioso de otros paisajes más agradables, otras armonías más deliciosas.

Entonces entre Norte y Oeste, se ofrece la pintoresca Goó, y cautiva su atencion con sus vistosas aldeas de Lebaste y Mosteiro, que bordan de alegres casas y frondosos castaños la pendiente que hace el terreno sobre el Mao con exposicion al Sur; la cual se halla limitada al Norte por los obeliscos de Baldaos ó los románticos minaretes de Rubian de arriba.

Pero en medio de su imponente declive, el gigantesco cerro de Rendar, enseñorea en el espacio con suíza majestad su dominante cumbre, y el poeta y el artista no pueden ménos de admirar entonces las elocuentes ruinas del castillo de Pontubio, fundado allí por los romanos, y hoy dia llamado de Santa Cristina del Viso con motivo de la iglesia que han construido entre aquellos abiertos muros y elevados torreones, que inmóviles en su azulado fon-

do, traen á la memoria todas aquellas singulares escenas de amor y gloria, de barbarie y despotismo que constituyen nuestra Iliada caballeresca.

En aquellos buenos tiempos en que la invencion de la pólvora aun no habia hecho temblar las piedras, ni conmover las montañas, la fortaleza de Pontubio era una fortaleza inespugnable. Por de pronto, se hacia imposible subir á ella á caballo, porque la única senda que caracoleaba al cerro desde el pequeño puente de madera que atraviesa el Mao hasta la puerta del castillo, no permitia más de una persona por su estrechez y diabólicas sinuosidades; y aun así tenia que ir el ginete á pié y paso á paso, pésie á la impaciencia de sus orgullosos condes.

A la espalda de este cerro roquero y agigantado, y á muy pocas varas de su base superior, se une la masa de montañas del país, por cuya geológica estructura el mismo cerro parece un torreón saliente del cuerpo principal que figura la aldea de Santa Cristina. Entre esta aldea y el cerro, que es el único punto por donde se cree á simple vista más fácil la entrada al derrotado castillo de Pontubio, se extienden altos é irregulares penascos, que por su situacion en concertadas hileras, forman dos trincheras naturales; una de medio cuerpo de altura y otra de cuerpo entero con sus divisiones dentadas á manera de almenas, por donde se disparaban las saetas y los dardos; por lo que era inconquistable el castillo, favoreciéndole mucho la posicion de las trincheras, pues de hilera á hilera solo podian pasearse dos personas.

Aun cuando se consiguiera traspasar estas vallas de rocas y de hombres, las murallas de Pontubio presentaban sus espesos lienzos de cantería coronados de almenas y fianqueados por siete torres, las cuales no podian balirse con las máquinas de guerra que se usaban en aquella época, por no poderse situar sobre las punteagudas rocas que las cercaban.

Por esta posicion tan ventajosa, el castillo de Pontubio se granjeó una reputacion tal de intomable, que todos los caballeros de la córte de Rechario, que segun las crónicas antiguas fué Lugo, ofrecieron al rey suevo sus vidas y haciendas por habitarlo. Esta ansiedad general ocasionó mil encarnizadas contiendas, hijas de la rivalidad que á todos animaba, hasta que Teodomiro al restituir en el año de 569 los once condes ó infanzones que habian de capitanear las mesnadas del reino en las guerras, lo dió en tenencia de honor á Evano de Oiriz, caballero de altas prendas y héroe de una de las baladas más famosas del territorio.

Cuando en el año de 572 Leovigildo I, rey de los godos, reunió á la corona el reino de Galicia sujetando á los suevos, siguieron por eso los once condados establecidos por Miro, denominados de Chamoso, Sobrado, Navia, Páramo, Pallares, Deza, Montenegro, Monterroso, Naria, Ulloa y Sarria, y creando otro nuevo llamado el de Meira. De estos doce condados unos eran realengos, esto es, los daba el rey, y otros el obispo de Lugo.

El castillo de Pontubio, córté de la infanzona del distrito de Sarria, pertenecia á los primeros, así que á la muerte de Maladra, sucesor del valiente caballero Evano de Oiriz el del *Findoro*, llamado así

por un instrumento que tañia semejante á un violín, y con el cual dejaba á todos *encantados*; como volvieran á suscitarse otra vez las contiendas de los hidalgos sobre quien habia de ser dueño de Pontubio, el rey Recaredo II se negó á las instancias de los nobles y mandó que nadie lo habitara sopena de muerte, y ordenando que el conde de Sarria construyera otro en la villa de su nombre.

Murmuraron los hidalgos de esta medida que caracterizaron de cruel; pero no pasó todo de murmullos, que fueron apaciguándose con el tiempo á pesar de la tentativa que hizo Mauro Toimil, hidalgo pobre y valiente, para levantarse con él; tentativa que le costó la vida.

Pasaron, pues, muchos años durante los cuales se hundió el imperio godo en las aguas del Guadalete, y los moros cubrieron toda la España hasta las ásperas montañas de Cantabria. Reunidos sus habitantes bajo la bandera de don Pelayo, fueron disputando el terreno palmo á palmo y adelantaron mucho en poco tiempo. En este estado en que el Norte de Galicia se vió libre del mahometismo y sobre la parte de Asturias hasta Leon y Astorga, aconteció que en el reinado de Alfonso el Casto cuya córte tenia en Oviedo, presentóse en ella el moro Mahamud, y postrado á los piés del rey le pidió amparo, pues venia huyendo desde Mérida de el rey de Córdoba, su pariente, que queria apresarle por las disensiones que habian tenido. El rey don Alfonso se condolió de él, prometiéndole socorrerlo en aquel trance; y acordándose de la fortaleza de Pontubio, se la ofreció para habitacion y regalo. Admitió la merced el moro, tomó posesion de ella y se alegró en extremo de gobernar tan espacioso y fuerte castillo.

Tres años despues de estos sucesos, relacionado ya Mahamud con la nobleza del país, se enamoró de Geloira, condesa de Pallares; y como el moro era apuesto y de interesante rostro, la bella dama correspondió á su ardiente amor, apesar de las distintas religiones que profesaban, de ser ella casada y de la amarga maledicencia que indudablemente despertarian en el país aquellos amores clandestinos.

Acostumbraban los dos amantes á verse continuamente en el sombrío castillo de Pallares, situado en Coto de Francos y orillas del caudaloso Miño. Afirman las crónicas que la condesa dotada de bastante ingenio y travesura, sabia enganar tan bien á su esposo, que éste no llegó á sospechar nada de aquellas amorosas relaciones. Pero hé aquí que tuvo la desgracia de ser cogida infraganti cuando menos lo esperaba.

Era, pues, una tarde en que el conde habia salido de caceria á unas montañas lejanas, y habiendo dejado por olvido no sé qué armas precisas, volviera á su castillo. Al entrar en la armería, vió desde una ventana de la sala á Geloira en brazos del gallardo moro, ámbos sentados bajo la copa de un pomposo castaño.

—Mauro, dijo don Ero á su criado, que significa eso?

Y le señalaba el amoroso grupo atónito, confundido, como si se hallára bajo la influencia de esos sueños penosos y terribles en que el dolor suele paralizar el uso de todas las facultades. Mauro comprendió lo que su señor queria decirle al hacer aque-

lla pregunta; pero juzgó prudente no contestar una palabra por lo delicado del asunto.

—Mauro. . . volvió á tartamudear el conde asiéndole de un brazo con el más pronunciado temor y pena; vé á buscar á Sancho... á Clodio y á Tiago.

Sancho, Clodio y Tiago eran otros criados del conde como Mauro; pero los más robustos y animosos del castillo. Mauro fué á buscarlos con la mayor urgencia.

Mientras vinieron, el conde no apartó sus ojos de los dos amantes; devoró en silencio sus sonrisas y sus miradas. Por la primera vez de su vida echó de ménos el valor que habia singularizado á sus ascendientes en las situaciones más desesperadas; y pálido y tembloroso, maldijo su debilidad y su cobardía; porque don Ero era débil y cobarde como un niño, debilidad y cobardía que coincidía con su figura raquítica y endeble.

—Muchachos...—dijo á los cuatro mozos que se presentaron, cinco marcos de plata á cada uno, si os echais sobre ese moro y lo colgais del castaño que lo cobija.

Todos se miraron con asombro, pero pasado este primer momento y vencidos por los ruegos y ofrecimientos del conde, bajaron en busca de sus chuzos y se lanzaron al jardín, sin que aquel los acompañase; ántes bien se encerró en la armería; y seguro de no poder ser habido por el moro en caso que se malograra la empresa, se asomó resueltamente á la ventana.

La bella Geloira empezó á amonestar á los criados, luego que los vió avanzar en ademan hostil, y Mahamud sacó su corva cimitarra y puesto en defensa los esperó sereno y tranquilo como si aquel peligro no fuera el primero de aquel día. Viendo la asustada dama que nada conseguía con sus órdenes, suplicó... nada; cercaron al moro; lloró... tampoco cedieron, alzaron sus aguzados chuzos.

Cercado el bizarro Mahamud por los robustos criados, buscó el castaño para resguardar la espalda con su corpulento tronco; pero ya lo habia sido tomado por uno de los más agigantados; ella se ofreció entónces de apoyo. Era un apoyo apreciable en aquellas circunstancias, y galan el moro, lo agradeció en extremo.

En seguida empezó el combate, y momentos despues, sin que uno solo de los mozos sufriera la más insignificante herida, Mahamud se vió en poder de ellos y con la cimitarra hecha pedazos.

Entonces resonaron unas palmadas de alegría. La condesa miró hácia el lado donde salían y vió á don Ero en la ventana, aplaudiendo como un loco la desgraciada rendición del moro.

—Oh!! murmuró ella lanzándole una mirada cólerica.

En seguida los cuatro criados del conde amararon al musulman por la cintura á pesar de los esfuerzos que hizo para desembarazarse de ellos y á pesar de las lagrimas y denuestos de la condesa; y lo colgaron de una rama del castaño.

Una vez así, don Ero dió la orden de que lo azotaran.

Entonces ella se acercó al pié de la ventana llorosa y desgredada.

—Perdon!.. señor, perdon!! exclamó postrándose de rodillas.

El conde se rió de sus lágrimas como buen marido; el airoso y elegante Mahamud, fué azotado por los villanos que lo rindieran, y ella se retiró al castillo desalentada y frenética.

B. VICETTO.

(Se continuará.)

LA POMPA DE JABON.

Loco un muchacho veía
luciente pompa brillar,
y en su infantil alegría
al pretenderla tocar
la pompa se deshacía.

Aquel fenómeno extraño
mucho hirió su corazón,
pues aprendió por su daño
que una pompa de jabon
es tan solo dulce engaño.

Hoy que es hombre, cuando mira
un objeto que le agrada
en derredor suyo gira...
y... nada más... nada .. nada...
sinó que al girar suspira.

Y siempre que su pasión
hácia él le vá á impeler,
—Quietol—dice al corazón,
que se puede deshacer
cual la pompa de jabon!

NICANOR REY.

Pontevedra--1876.

GALICIA PINTORESCA.

CASTILLO FEUDAL DE CIRA.

El estrecho de San Juan da Coba es una puerta neutral que separa á dos hermosas rivales.

A través de la pintoresca hendidura, la Ulla baja, señora de los valles, islas y colinas de occidente, y la Ulla alta que extiende por el Este sus fértiles y acaso sus melancólicas llanuras se miran con recelo, recordando vagamente sus antiguos odios feudales.

Durante las fiestas dominicales con que en octubre obsequia á San Verísimo (San Breixo) la Ulla alta y á las que concurren todos los ribereños, estalla frecuentemente el sordo volcan de esta rivalidad instintiva, hija no tanto del rencor como de la costumbre.

La coquetería de una muchacha, el grito inoportuno de un beodo bastan á veces para que dos pelotones de mozos tendidos rápidamente en batalla se acometan, *moca* ó azadon en ristre, formando una línea tan regular, esgrimiendo tan á compás los garrotes, retrocediendo y avanzando con tal

simétrica, como si la ruda contienda fuese no más que una alegre y pacífica maja.

Es muy común oír en boca de un paisano de Cira ó Ledesma, la palabra *excomulgado* dirigida á otro de Amois ó Remesar como el más depresivo y sangriento de los insultos.

Viríase que por aquellas bellísimas comarcas han pasado dejando profundas huellas la guerra intestina ó los disturbios religiosos.

En mitad de la Ulla alta, equidistante de Puente Ulla y Puente Ledesma, se mantiene altanera todavía, sobre un aislado peñón la elegante torre de Cira.

La guerrera momia amortajada con cintas de hiedra conserva intacta su armadura.

Aun no ha caído una sola piedra del vetusto torreón, pero se descubre el vacío detrás de sus saeteras y ventanas lo mismo que por las órbitas de una calavera; además ha perdido las almenas como pierde los dientes un anciano.

La torre es cuadrangular y al parecer robusta todavía.

Para reconocer su interior es preciso trepar, valiéndose de las grietas y con la ayuda de las zarzas que revisten el muro, hasta una puerta rebajada y angosta, abierta á seis piés de elevación sobre el nivel de los peñascos.

Una vez dentro, véanse no más que una confusa masa de ruinas, entre las cuales crecen con inusitado vigor, saúcos y madre selvas, y las ménsulas destinadas en otro tiempo á sostener las vigas de la fortaleza que debió constar de tres pisos. A la altura del tercero, atrae la atención el gracioso arco apuntado de una semi-ójiva, en cuyo vano profundo puede aun sentarse el curioso, y á la cual facilitan el acceso las hendiduras de la pared y los pedruscos amontonados.

Al lanzar desde allí hacia el exterior la primera mirada, experimenta el alma las voluptuosas pero tremendas agonías del vértigo.

A causa de las extrañas configuraciones del promontorio que las sustenta, la torre parece suspendida en el aire.

Y es que el peñón formado de enormes rocas aglomeradas, casi ocultas bajo una lujosa vegetación de enebros, zarzamoras, laureles y mimbres, se dobla en la cumbre como el gorro de un marino. Sobre esta punta avanzada, debajo de la cual queda una sombría y pavorosa caverna, gravita con caballeresco desenfado el esqueleto del castillo.

De aquí, que al mirar desde la ójiva se construye de horror el pensamiento, observando un fantástico vacío entre la base de la fortaleza y el Ulla que, allá abajo, muy abajo, arrastra con siniestra lentitud las turbias aguas de su corriente.

Pero muy pronto á esta penosa sensación sucede otras más placenteras y suaves, puesto que el paisaje tiene una languidez encantadora.

Al frente y en la orilla opuesta del río comienza una robleda que poco á poco sube y se desparra ma hasta llenar por aquel lado el horizonte, confundida con una segunda línea de pinares: entre los primeros robles que nacen casi dentro del agua cabecea una barca amarrada á un tronco; más arriba cerca del último término sale de entre la espesura la torre del Arciprestazgo de Oural.

Por el Oeste avanza, persiguiendo al río en todas sus ondulaciones, una montaña escueta.

Al Este se riza como el mar una inmensa llanura cubierta de maíces, por medio de la cual y formando un delta con el Ulla en que desagua, corre el Deza tan reposadamente como si le doliera abdicar su señorío y su nombre.

La vega termina al lejos, á una legua de distancia, cerrada por el viejo Puente Ledesma cuyos arcos romanos que se completan al reflejarse en el agua, parecen otros tantos ojos cuya mirada no descansa nunca.

Más lejos aun se perfilan algunos blancos caseríos, rodeados de cipreses, y la parroquial de Grés; más allá todavía, la montaña.

Hay quien asegura que el castillo, á falta de duendes, guarda un tesoro cuyo secreto esto consignado en la inscripción carcomida que apenas se entrevé cerca del resalte donde encajaban las almenas. Algunas comadres de las aldeas circunvecinas refieren en secreto haber visto varias noches, á punto de las doce, al célebre exorcista de S. Miguel de Castro sentado en lo interior de las ruinas leyendo en el libro de S. Ciprian á la opaca luz de una linterna.

A mediados del siglo XIV pertenecía la torre á los Grés, casa estinguida actualmente puesto que los terrenos inmediatos, cultivados por un colono, así como las ruinas, son propiedad del condado de Altamira. (1)

Dicen las crónicas que en julio de 1366, poco despues del asesinato del arzobispo de Santiago, alzó en ella Sancho de Grés el pendon de D. Enrique de Trastamara, dando comienzo á una encarnizada guerra contra D. Pedro de Castilla cuya causa mantenían en la Ulla baja los Torrechanos señores de la Barreira.

La guerra cesó con la muerte del rey legítimo en 1369, y los mesnaderos de la Ulla alta que, apesar del entredicho y censura fulminados por la iglesia contra los Torrechanos, habían llevado hasta entónces la peor parte, se encontraron de pronto vencedores.

La torre de Cira debió estremecerse con el bullicio de la orgia y al eco de las rencorosas carcajadas el día en que su rival de la Barreira fué abandonada por el Churruchao y pasó al dominio de la mitra, ó aquel otro en que, segun la tradición legendaria, la destruyeron y entraron á saco los vengadores de don Suero de Toledo.

Desde entónces han pasado cinco siglos y se ha confundido el polvo de todos los cadáveres.

La llave de la Ulla baja, el baluarte de los excomulgados, la caverna del popular matador de un arzobispo es hoy un lastimoso escombros ni más ni ménos que el castillo roquero de los Grés de Cira.

Allá está, oculta en una depresión del terreno como un buho muerto, en la concavidad de una roca, la famosa Barreira que se ha deshecho en la soledad de su desamparo; misero conjunto de piedras encerradas entre los restos de un muro.

Solamente permanecen en equilibrio dos lienzos de una torre que conserva su poternal ojival y

(1) Hace pocos meses tierras y castillo fueron vendidos á un cirujano de Puente Ledesma.

un cubo macizo sobre cuya plataforma brotan el césped y los espinos.

En la base de este cubo se percibe apenas la obstruida boca de un subterráneo.

Los despojos, perdidos en el corazón de la Ulla baja, están rodeados de colinas más altas que el collado en que duermen.

En torno de ellos da la vuelta el Riobóo que suspira al deshacerse en múltiples cascadas.

Junto al antiguo foso hay un molino, pequeño y blanco como una paloma.

En la orilla del camino provincial de Tabeirós que pasa á medio tiro de ballesta y á tanta elevación como la de la torre aun no caída, se asoma al precipicio una rústica cruz de madera.

El lugar es triste, aun en los días serenos, cuando cantan los pájaras entre la hiedra de los decrepitos murallones y juega la brisa con las anchas hojas de los castaños.

Todas las tardes bienen á sentarse en los pedruscos de la mellada plataforma dos ó tres niños de la cercana aldea, que platican y rien en voz baja mientras sus vacas rumian la yerba de las ruinas.

El hijo de los campos mira estos escombros con soberana indiferencia; lo mismo que á Cira y á cuantos lugares pintorescos encuentra en el país, los cree habitados por una legión de seres sobrenaturales que salen de entre las piedras al resplandor de la luna.

No es extraño.

¿Qué le importan á él las pasadas disensiones de nobles y prelados que fueron siempre de una raza superior y distinta?

Acaso el descendiente de los Churruchaos, de esa familia-mito que sin duda se perdió en la historia porque una vez confiscados sus riquezas y señorios hubo de confundirse con el pueblo, cruza hoy con recelo por delante del muerto castillo y atribuye su fundación á los moros.

Solamente un vago instinto, recuerdo de un recuerdo, sostiene todavía alguna incomprensible rivalidad entre los labriegos de esta y aquella parroquia, y les hace ver en cada ruina de torreón ó monasterio un lugar maldito, poblado de almas en pena que no han purgado bas ante sus errores ó sus crímenes.

El pié de hierro del feudalismo oprimió á Galicia con más fuerza que á ninguna otra region de España, pero el pueblo olvidó aquella dominación desde el punto mismo en que la destruyó con sus robustas manos.

Hubo un día, á fines del siglo XV, en que los villanos, ahitos de las depredaciones y crueldades del lobo, se reunieron en montería, acorralaron á la fiera hasta dar con ella en la trampa y allí la abandonaron moribunda dejando al carnicero realengo el trabajo de rematarla.

Al presente, los nietos de los Hermandicos ya no se acuerdan de la vieja tiranía, porque su corazón y su memoria están preocupados y oprimidos bajo el peso de la servidumbre nueva.

A la torre del homenaje, al foso, al recinto almenado del castillo han sucedido los blancos palomares inofensivos en apariencia, las pesqueras del río, los humildes muros que adornan más bien que cierran el baldío, el soto ó la montaña.

T. III.

La casa del concejo, símbolo en la edad media de emancipación, libertad y justicia ha llegado á convertirse en odiosa cámara de tormento.

Ya no cruzan por las eras los hombres de armas galopando sobre las mieses con la mano en el puño de la espada y fijos los altaneros ojos en la actitud humillada del pechero ó en el medroso rubor de las campesinas; pero de vez en cuando aparece un hombre negro, con una sonrisa bondadosa en los labios y un lintero de asta al cinto, un hombre ante cuyo paso se precipitan ladrando los perros y quedan desiertos los lugares.

Una nube de raposas tala impunemente los sembrados y las viñas, saquea los hogares rústicos é inspira por donde pasa un angustioso terror que hiela la protesta en los labios y ahoga en los pechos el ímpetu de la cólera.

Cada vez que el labriego, inundado del sudor, con que baña y fertiliza una tierra que no es suya, levanta el rostro para tomar aliento, despues de enjugarse la frente con el dorso de la encallecida mano, se apoya en el azadon y con los ojos clavados en un punto fijo del horizonte medita y al parecer escucha.

Despues, vuelve en sí, sonríe con feroz amargura y vuelve al trabajo interrumpido.

Pero bien pronto torna á escuchar, sombrío é inmóvil como la encarnación de la venganza impaciente.

¿Resonará mañana en las aldeas un nuevo toque de montaña, anunciando á los siervos del terruño que ha llegado el instante de dar la caza al zorro...?

ALFREDO VICENTÍ.

Oca, 13 de noviembre.

D. FERNANDO RUIZ DE CASTRO (1).

— «Mi esposa Estefanía, que está en gloria fué del séptimo Alfonso hija querida; desde hoy sabreis, al escuchar su historia, que hay desgracias sin fin en nuestra vida.

Yo la maté celoso; y si remiso, no me maté también la noche aquella, fué por matar despues, si era preciso, á todo el que, cual yo, dudase de ella.

Cierto conde Don Vela á Estefanía la profesó un amor que ella ignoraba; y Fortuna, una dama que tenía, al Don Vela á su vez idolatraba.

Por las noches Fortuna artificiosa, mientras que su ama se entregaba al sueño disfrazada y fingiendo ser mi esposa, hacia al conde de sus gracias dueño.

En mi parque una noche hacía una umbría

(1) No debe confundirse Fernan de Castro, gobernador de Toledo por Alfonso VII (siglo XII), con Fernan de Castro, adelantado de Galicia por Pedro I (siglo XIV), aunque ambos fueron de la misma familia señorial de Castro, Lemos y Sárria. El bellissimo fragmento del Sr. Campoamor se refiere al primero de estos nobles gallegos.

llegar ví una mujer, y un hombre á poco;
luego, el nombre al oír de Estefanía,
¡ay! yo creí que me volvía loco!

Torno á escuchar de Estefanía el nombre:
por vengarme mejor, mi rábía aplazo,
más ví despues á la muger y al hombre
confundirse los dos en un abrazo.

Y—¡en guardia!—grito al hombre; él se
(prepara,
le acoso airado y con valor me acosa,
y mientras mato al Vela cara á cara,
huye la infame que creí mi esposa.

Dejo allí al conde, atravesado el pecho;
y persiguiendo á la mujer que huía,
ví á la luz de una lámpara en su lecho
dormida dulcemente á Estefanía.

Aquel sueño de paz juzgo finjido:
la despierto, me vé, me echa sus brazos,
y con mi daga, entre ellos oprimido,
hice, feroz, su corazón pedazos.

—¿Me matas?—dijo, y contesté: —¡De
(celos!
—¡Loco!—gritó; y al ver que me abrazaba
—¡Cual te amaba!—exclamé; y ella á los
(cielos
miró, y dijo al morir:—¡Cuánto me ama-
ba!—

Sentí luego una puerta que se abría,
y al resplandor de la naciente luna,
con el traje salió de Estefanía,
cual siniestra sonámbula, Fortuna.

—¡Bárbaro!, dijo: la mujer que ha huido
no es tu esposa feliz, que muere amada:
yo soy quien disfrazada he recogido
el precio vil de una pasión robada!

Perdona, Castro, la demencia mía;
te dejo honrado, aunque de angustia lleno;
y pues muere entre sangre Estefanía,
es muy justo que yo muera entre el cieno!

Y así diciendo, del balcon abajo
se echó Fortuna de cabeza al río,
y al ruido que hizo, al recibirla, el Tajo,
bañó todo mi cuerpo un sudor frío.»—

Era de Castro la amargura tanta,
que al furor reemplazando la tristeza,
ronca la voz y seca la garganta,
cayó sobre su pecho su cabeza.

Y concluyó:—«¿No es cierto que debía
matarme yo también la noche aquella?
Más si faltase yo, ¿quién mataría
al que dudase de mi honor y el de ella?»—

RAMON CAMPOAMOR.
(Del drama Universal.)

MONOGRAFÍAS GALAICAS.

LA MUIÑEIRA.

Consignar en estas páginas de la historia pátria, el origen de la gaita y no hacerlo de la *baila* antiquísima, denominada *muiñeira* (molinera), es imposible; porque la *baila* de nuestros montañeses nació con la gaita: la una es hija legítima de la otra. Pero ¿qué diferencia de la *muiñeira* propiamente céltiga ó indígena, á la *muiñeira* que refi-

naron los griegos al colonizar más tarde el país.

La primera es puramente una imitación de la *rosca del gallo*. El galán ó *galofeiro* baja la cabeza ante la muger que le gusta en el corro, como para significar que anhela su posesión, y luego *aturruca á su alrededor* suavemente, *aleteando* con mucha agilidad el brazo opuesto al costado de ella, y moviendo *los piés con esa vivacidad* que en tales casos caracteriza aún hoy á nuestros más pesados montañeses. Sale la muger á la danza, como huyendo del hombre, esquivándolo siempre tanto más mesuradamente cuanto él redoble sus giros ó persecuciones; y en este aparato coreográfico llega el inevitable *encuentro*... ó punto,—y entónces gallo y gallina se agitan á *más no poder* como dice el vulgo gráficamente. Despues... sigue la separación, volviéndose la espalda reciprocamente,—desvío expresado por el hombre con el paso del cansancio ó del deseo satisfecho, y hácia el cual revuelve por fin la muger como *triste por su tristeza* ó afanosa de halagarlo nuevamente con otro placer más puro, el de los cariños del alma en la mirada.

La segunda, esto es, la *muiñeira* modificada por el helenismo colonizador, ya no es una baila tan expresivamente sensual: es más pudorosa, de más forma, más artística, más estética en una palabra. La segunda, gana en belleza y sentimiento; pero no en naturalidad y poesía amorosa. Casi desaparece en ella la *rosca del gallo* para verse la molinera dando vueltas,—y sin embargo, no desaparece del todo porque, en rigor, siempre se ve al gallo y á la gallina buscándose, encontrándose en el *punto* agitadísimo, y desviándose para volver nuevamente al *punto* ó encuentro *deleitabile*. En el fondo de este poema bailable del amor, la vista del inteligente profundiza la sociedad primitiva de Galicia, modificada por la serenidad plástica ó refinada con que todo lo hermozeaban los griegos.

La primera baila, era un instinto. La segunda, es un pensamiento. La primera era la naturaleza. La segunda, es el arte. Pero—de todos modos—vaciada la una en la turquesa de la otra, siempre evidencia la *rosca del gallo*; pues la *rosca del gallo* aún palpita en la *muiñeira* que se baila actualmente, á través de las mallas pudorosas con que la veló la civilización del Asia en nuestras costas.

La primera baila ó *muiñeira* céltiga, aun la podemos *sorprender* en los desfiladeros más apartados de nuestras montañas del interior, hácia el Bibey y el Járes. La celti-griega ó gali-ega, esa en casi todas nuestras *marinas* ó marinas.

BENITO VICETTO.

(Historia de Galicia: tomo I, corregida y aumentada para la segunda edición.)

Á LA LUNA.

Deten tu carro ¡oh luna esplendorosa!
y atiende un punto á mi cantar sonoro;
¡tú, más bella y hermosa
que del radiante sol el brillo de oro.

Pálida, acongojada, sumergida
en velo undoso de apiñadas nubes,
al alto cielo subes
á ser del viajero dulce égida.

Y luchando en la sombra con que vela
la oscura noche tu fulgor querido,
vas marcando en el cielo blanca estela
que apenas se percibe: ni un gemido
del aura en la espesura,
turba la calma que presides pura:
ni una luz, ni una estrella,
ni un rayo fulgurante se destella
del ancho firmamento...

Más sobre el pardo monte
ya un dulce, leve viento
las nubes amontona,
adornando de un cerco ceniciento
el lejano horizonte.
¡Cuan bello entonces es tu brillo, oh luna!
Tu limpia faz de plata
lunimosa retrata
la tranquila laguna
que fecundiza el arrayan y el sauce,
y apareces allí cual perla inmensa
perdida en lo más hondo de su cauce.
Y tu luz, que derramas por la estensa
superficie del mar, que el viento mueve,
brilla en la umbría noche silenciosa
como un inmenso océano de nieve;
mientras hacia la orilla, las montañas
figuran un gigante adormecido
sobre el onda que riza brisa leve,
y amante arrulla en cadencioso ruido.

¡Oh! deja que la dulce poesía
de tu triste, letal melancolía
el corazón inspire que te canta:
déjame que te admire silencioso
cuando tu niveo carro se levanta
al cenit de ese cielo, tan hermoso
cuando tu luz lo alumbraba y abrillanta;
fatídico, imponente si su manto
en él tiende la noche pavorosa
cual negro velo que me infunde espanto.

SEGISMUNDO GARCÍA CASTRO.

Ferrol, 1869.

AMORES
DEL
CONDE DE BASBEN.

Ojo por ojo, diente
por diente...

PRIMERA PARTE.

El que deshonra á una
muger, la asesina moral y
civilmente.

Drovincau-

I.

Una Lágrima.

A [la primera luz del alva pareció calmar algún

tanto aquella tempestad deshecha, si bien las olas
negruzcas y montañosas que erizaba el océano ame-
nazaban sepultarnos por instantes.

Mas tarde se hizo perceptible aquella calma; la
violencia del huracan habia ido cediendo paulati-
namente; el fragor de los truenos se perdía á lo
léjos entre el ronco zumbido del oleage, y la den-
sa oscuridad que nos envolvía, rasgada momentos
antes por la rápida luz de los relámpagos, empezó
á desaparecer á los argentados rayos de la aurora.

La calma sucedía á la tempestad; la luz á las
tinieblas.

Entonces, al aparecer el sol entre la espesa bru-
ma que limitaba el horizonte, el bergantín pareció
volver á la vida; la tripulación se animó como un
solo cuerpo; se oyeron las voces del capitán y del
contramaestre, los *hurras* de los marineros y los
chasquidos de las maniobras reparadoras.

Entonces, los pasajeros que íbamos bajo cu-
bierta sin luz, sin voz, sin movimiento alguno,
aterrados por aquella imponente magestad de la
borrasca, absortos, aturdidos por su estrépito hor-
roroso y por las sombrías ideas que despertaba, nos
lanzamos sobre cubierta á respirar el aire libre de
la mañana, á ver el sol, á vernos á nosotros mis-
mos y dar gracias á Dios por haber mandado cesar
la tormenta cuando más peligro corriamos de su-
cumbir entre sus horrores.

Ella subió tambien.

Su aparición, su presencia paralizó mis oracio-
nes y concentró ó pareció llamar á si todas mis mi-
radas, por una fuerza de atracción que envano yo
podía dominar. El menor de sus ademanes, el me-
tal de su voz, sus ojos, su talle, su belleza en fin,
me sojuzgaba enteramente. ¡Era tan bella! Habia
tanta armonía entre la encantadora proporción de
sus formas y la delicadeza de sus facciones intere-
santes! Era todo en ella tan poco vulgar y tan
poético, que tal vez aquel irresistible impulso de
curiosidad que me obligaba á mirarla continua-
mente, nacería de su singularidad física tan hechic-
era, tan adorable!

Pobre Cristina! Pobre niña! Me acuerdo tan bin
de los encantos que reunía, como de sus palabras...
y desde que desapareció del mundo para [escon-
der en el seno de Dios su amor y las horribles sen-
saciones de una decepción cruel, no puedo apartar
de la memoria, ni su imágen, bella y melancólica,
ni su historia, triste y desventurada. Parece que
aun la estoy viendo sobre cubierta con el codo so-
bre la murada de estribor; la cabeza sobre la ma-
no y los ojos en el cielo, muda, pálida y contem-
plativa, pensando en su amante!... tan solo en él!
Su presencia de ánimo me confundía. Hombres
fuertes, fundidos para los duros trabajos de la vida
marítima, habian inclinado su frente ante la hor-
rorosa pompa de la tempestad, y á ella nada la
conmovía; ni el mar, ni el trueno, ni el rayo... co-
mo si fuera superior á aquella tempestad terrible,
la tempestad moral que agitaba su pecho concen-

trando sus dolores y sus ideas en solo dolor, en una sola idea.

Acerqueme á ella con esa confianza de viajero á viajero que nos hermana á todos desde el punto de partida hasta el de llegada, y máxime en las travesías por mar, despues de sufrir todas las angustias de una borrasca.

—Dios acaba de mostrarse muy piadoso con nosotros, Cristina; la dije tímidamente.

Al oirme, sus ojos descendieron del cielo y se clavaron en mí con una expresion dolorosa y resignada.

—Sí; me contestó secamente. Dios es infinitamente bueno y misericordioso.

Y volvió á elevar sus miradas al firmamento con la misma expresion de dolor y de resignacion.

—Podemos decir, señorita, continué yo á pesar de su sequedad, que empieza desde hoy para nosotros otra vida. La tormenta ha sido horrible. Yo ya me creia muerto de un momento á otro.

Ella no me contestó. Movi6 la cabeza lánguidamente y los hombros como si quisiera decir: ¿Y qué es la vida? ¿Qué vale?

Yo continué, con objeto de anudar una conversacion con aquella criatura que me parecia tan misteriosa:

—Los que no creen en Dios, Cristina, esos ateos que no creen en nada y que nada les revela su existencia, que vengan aquí, y que presencien con nosotros una tempestad, á ver cuanto tardan en caer de rodillas sobre cubierta.

—Eso, repuso ella vivamente; no podría achacarse más bien á nuestra debilidad moral que á su revelacion por medio de un huracan desencadenado?

Estas palabras me aterraron. Ella, aquel espíritu tan delicado, al parecer, se mostraba superior á toda la furia de los elementos... Ella, una pobre niña!

—Parece que le disgusta á V. esta idea; prosiguió, pero qué quiere V., cada uno juzga de las cosas á su modo. Dios!... Dios!... balbuceé en seguida dolorosamente; si hubiera Dios yo...

Y se detuvo, tratando de ocultarme una lágrima que asomó á sus párpados repentinamente.

Yo respeté aquel delirio, aquel dolor... retirándome hácia el timonel; pero sin olvidar la impresion de aquella lágrima.

Aquella lágrima es una historia; os contaré la historia de aquella lágrima.

II.

Más lágrimas.

Quién era aquella bellissima criatura y de qué provenia el dolor que la abrumaba?

¿De dónde venia y á dónde iba?

Yo la viera aparecer en el bergantin *Jóven Arturo*, pocas horas ántes de levantar anclas en la rada de Bilbao con rumbo á la Coruña, el 21 de mayo

de 1847. La viera aparecer entre los pocos pasajeros que hacíamos aquella travesía, y me figuré que alguao de ellos seria su padre, su hermano ó su esposo; pero hasta tres dias despues de nuestra salida, mi amigo Maturin, hombre pregunta, hombre que sabe más los negocios agenos que los suyos propios me dijo que iba sola, sin proteccion alguna.

Desde ent6nces, Cristina fué para mí un enigma. Aquella belleza jóven y melanc6lica, que se entregaba así á una navegacion tan larga en un buque de vela cuando reinan vientos contrarios, fué para mí un problema cuya solucion me interesaba vivamente.

¿Sería alguna pobre huérfana, abandonada á sí misma en ese otro océano que llaman sociedad, donde es tan fácil zozobrar como en el océano verdadero el bajel que nos conducía? Y en este caso, ¿qué iba á buscar á otra ciudad dejando la suya? Algun pariente lejano á cuya sombra pensaba acogerse?

Esta curiosidad, este deseo, este interés que despertaba en mí aquella hechicera niña, me conmovia tanto como su belleza, pues yo la juzgaba muy desgraciada;—y en efecto, aquella lágrima que quiso ocultarme hablando de Dios, despues de la borrasca; aquella lágrima acababa de probarme que hondos pesares la martirizaban. De aquí más curiosidad, más deseo, más interés y más compasion. Sí, porque yo la compadecia de antemano: y despues, despues de saber su historia, me felicité de haberla compadecido ent6nces tanto como luego la he llorado.

Cuando nos sobrevino la tempestad entre el cabo Burela y la Estacada de Bares, una de esas horrosas tempestades tan continuas en la costa de Cantabria, en que es más temible la fuerza del oleaje que la de los vientos desencadenados, á los sentimientos que me habia inspirado tuve que unir el de la admiracion. Todos estábamos abatidos, y ella parecia indiferente. Todos hubiéramos sucumbido con el pensamiento en Dios y las lágrimas en los ojos, y ella... ella tal vez con el pensamiento en la tierra y una sonrisa en los labios. ¿Quién era, pues, aquel ser misterioso, aquel espíritu singular que nada parecia tener de terrestre más que las sedas que modelaban sus formas? ¿Era un ángel bueno, ó un ángel malo? ¿Era Azrael ó Astaroch? ¿El ángel de la vida ó el de la muerte?

Despues de aquellas palabras que cambiáramos al cesar el huracan horrible que nos envolvió un dia y una noche entre sus horroses, yo no volví á hablarla más, ni ella habló con persona alguna, como si le fastidiaran nuestras conversaciones, como si devorada por un dolor cruel solo hallara consuelo en la soledad que buscaba.

El mismo dia que montamos el cabo Ortegal, se acercó á mí preguntándome si faltaba ya mucho para llegar á la Coruña.

—Ya nos falta muy poco, le contesté. Vamos á montar el cabo Prioiro, que es el último que nos

queda. Allí lo tiene V., ese promontorio que se levanta á nuestro frente.

Pero ella, ni siquiera quiso seguir con la vista la direccion que le indicaba, y se desvió de mi lado mirando en sentido opuesto, como si le interesara más el océano que la costa que columbramos, cuyo sombrío perfil se curvaba en el horizonte en aquel momento, semejante á esas caprichosas y pálidas sinuosidades de las nubes que se lanzan hácia la parte de poniente en las brumosas tardes del otoño.

Al otro día de navegacion, en que el *Jóven Arturo*, con las mayores empopadas, no rasgaba las olas, sino que parecía deslizarse sobre la flor de ellas como una gigantesca y voladora ave de las baladas irlandesas, distinguimos la torre de Hércules allá en lontananza, como una columna levantada entre el mar y el cielo, pero que, sacudiendo su ropaje de niebla, parecía avanzar á nuestro encuentro á la manera de una aparicion fantástica.

Después de una borrasca tan desastrosa como la que habíamos sufrido, la presencia del puerto á que nos dirigíamos causó una alegría general abordo, de la cual nadie se exceptuó.

¡Nadie! He dicho mal. Ella fué la única que saludó sin satisfacción la media luna de pintorescas casas que constituye una de las más hermosas y comerciales ciudades de nuestra península, la Coruña.

—¡Cristina, corrió á decirle; mire V. la Coruña, mírela V.!

Yo me había apresurado á enseñársela, creyendo que su ser se conmovería de alegría como todos; pero una sensación distinta, una impresión, más bien de tristeza que de júbilo, tradujeron sus facciones, palideciendo visiblemente.

Una mirada rápida y dolorosa lanzó sobre la ciudad, y después volvió á otro lado la cabeza, como si tratara de ocultar la tristeza que bañaba su semblante.

—Gracias, me dijo, ó mas bien balbuceó, alegrándose de mí.

Y descendió á la cámara.

Poco después, no sé si por curiosidad ó por esa especie de espionaje que se ve impulsado á practicar el que ama apasionadamente, yo bajé también á la cámara.

Ella estaba allí, sola, triste y meditabunda. Con los ojos bajos y la cabeza descansando sobre la mano, su posición peculiar; parecía encontrarse en uno de esos momentos en que, puesta en acción nuestra sensibilidad por algún recuerdo dolorosísimo ó por la presencia de algún objeto que nos trastorne de pena, las lágrimas van á agolparse á los ojos y á llorar uno sin saber que llora.

Al notar aquella profunda expresión de dolor, aquella angustia tan marcada, quise volver atrás, pero ella me llamó.

—Acérquese V., caballero; me dijo; acérquese V., que tengo que hablarle reservadamente.

Estas palabras parecieron anonadarme de ven-

tura, como si de repente se abrieran las puertas de la gloria para mí. Tanto me interesaba aquella criatura y los secretos de su vida.

—Estoy á los pies de V., señorita; la dije acercándome resueltamente.

Ella en seguida se levantó; corrió á la puerta de la cámara, y miró á todos lados como para cerciorarse de que nadie más que yo la oiría.

Después me tomó una mano, que apretó convulsivamente entre las suyas; quiso hablar, tartamudear algunas palabras, y no pudo proferir ninguna por el inmenso dolor que la conmovía.

En vez de palabras, recoji un manantial de lágrimas.

—Pero... ¡Cristina! exclamé asombrado... ¿Qué tiene V.?... ¿En que puedo serla útil?... ¡Hable V.!... ¡Hable V. en nombre del cielo!

—¡Oh; Señor Conde... Señor Conde; tartamudeó por fin... La vergüenza me mata... ¡Y sin embargo, yo necesito un ser que se compadezca de mí si él no se compadece!

—¡Pero, no!..., dijo en seguida rechazándome con fuerza. Si él no se apiada aun de mí... ¡Hé ahí mi tumba!

Y señaló las olas.

—¡Por Dios, Cristina! la dije: cálmese V. y confíeme los pesares que la abruman, que si un hombre necesita V. en la tierra, Cristina, un hombre que pierda su vida por conservarla la de V.. ese hombre seré yo.

Y en esta expansión de amor y de compasión, tendí los brazos hácia ella esperando una palabra de consuelo.

Pero ella volvió á rechazarme.

—¡Nada... Nada, caballero; me dijo tristemente: olvide V. lo que haya podido decir hace poco... Porque yo... estoy trastornada, estoy loca.

—¡Cristina!...

—Déjeme V... déjeme V. sola por Dios! imploró plegando sus manos sobre el pecho.

Yo la obedecí y salí de la cámara cerrando la puerta; y al volverme para subir sobre cubierta, me encontré con Maturín de manos á boca.

—¡Hola! me dijo dándome golpecitos en el hombro, con la sonrisa almibarada que la era tan característica: conque... ¿con qué eso es ya una cosa corriente, eh? ¿Me la endosarás cuando te canse, eh?... ¡Cuidado, mira que cuento con tu palabra!

Tentaciones me dieron de arrojar al mar á aquel necio.

III.

La carta.

A las pocas horas montamos el *Seijo blanco*, dejamos á un lado la enorme peña de la *Marola*, y pasando á tiro de fusil bajo las baterías del castillo de San Anton, dimos fondo en la bahía de la Coruña.

Eran las ocho de la mañana. El sol hería con sus brillantes rayos las caprichosas olas que levantaba el vendabal; la ciudad describía un semi-círculo en torno del *Jóven Arturo*, vistoso semi-círculo de ga-

lerías de cristal; y el rumor sordo y prolongado de un pueblo tan marítimo y mercantil, su eco, su voz, parecía saludar nuestra llegada.

Este eco, esta voz de una ciudad populosa es tan grata despues de las angustias de una navegacion larga y de los horrores de una tormenta furiosa! La animacion que produce en el espíritu cruelmente agitado por sensaciones consoladoras, se lee en todos los semblantes. Muy pocos se exceptúan de aquella expansion de júbilo que mostrándose lentamente en el rostro á medida que uno se va acercando al puerto, estalla en palabras y en felicitaciones en el momento en que suena ese sonido rudo y metálico que produce el ancla al sepultarse entre las olas, ese sonido estridente á la vez que parece sentirse primero en el corazon que en el tímpano.

Ella pareció escucharlo con tristeza. ¡Siempre la misma!

Estaba á pocos pasos de mi cuando fondeó el bergantín, y le dirigí la palabra:

—Dispense V. mi curiosidad, Cristina, la dije; ¿pero piensa V. parar en la Coruña, ó se dirige V. á algun pueblo del interior?

—No sé; me contestó con un ligero movimiento de hombros.

Aquella contestacion correspondia á la pregunta. Tan inconveniente parecia ser la una como la otra.

Yo me quedé helado.

Sin embargo del sentimiento que me causaba, no me dí por resentido, porque desde el momento en que ella me llamara para alguna confianza, y en que un raudal de lágrimas y un arrepentimiento de aquel mismo arranque le impidiera abrir los labios para hablar, yo me creía obligado á servirla de guía, á ampararla contra cualquier desgracia, aceptára ó no esta proteccion simpática, en tanto que no reclamára este título otra persona con algun derecho.

Si fuera, pues, indiscreto en dirigirla aquella pregunta, esta indiscrecion la justificaba la compasion que me inspiraba. Si ella desconfiaba de esta compasion, ¿qué me importaba? Mi delicadeza se encargaria de hacerle ver que se habia equivocado respecto á mis sentimientos. Nada más sencillo ni más natural que dejar al tiempo ó á las circunstancias, como se quiera, la justicia de un corazon bueno, y cuidado que no pretendo hacer la apologia del mio.

Casi todos los pasajeros fuimos á parar á una misma fonda. Maturin y yo teníamos un mismo gabinete. Ella el inmediato.

Poco tiempo despues ya estábamos paseándonos por la calle Real. Por cansado, por fastidiado que uno llegue siempre de un viaje marítimo, por más propósitos que forme en su camarote de no levantarse en tres dias de una buena cama al llegar al puerto, el puerto se burla de nosotros presentándonos sus calles y sus mugeres. Y máxime si ese puerto de mar es la Coruña, cuyas calles no

tienen que envidiar nada á las de ningun otro en empedrado y en bellas y elegantes casas, y cuyas mugeres, hermosas y esbeltas en mayoría, es otra de las cosas que más seducen en aquella *Cap des ville* de Galicia para pasar uno un mes bien. ¡Un mes! y tambien un año, y tambien toda la vida, por más paradójico que os parezca esto al hablaros de un pais tan torpemente calumniado.

Paseábamos, pues, por la calle Real, Maturia y yo, cuando de repente soltó mi brazo y se dirigió hácia un mozo que pasaba cerca de nosotros.

—¡Eh! ¡chis! ¡llamó... ¿no eres de la fonda del Comercio?

—Si señor.

—Pues vé volando y tráeme una cartera que dejé sobre la mesa de mi gabinete.

—Ahora no puedo, señor, pues voy á un recado muy urgente...

—Cómo muy urgente, bribon!

—La señorita que ha llegado con ustedes me envia á...

—Qué señorita!... ni sefiorita! Con qué es primero ir á llevar recados á los amantes, que mi cartera?

—Señor!...

Entonces me acerqué yo al mozo.

—A dónde te envió? le pregunté.

—Me envió á la capitania de puerto á ver si entró en bahia el bergantín guarda-costa C...

—Y nada más? volví á preguntarle.

—Nada mas.

—Bien: le dije: ve á donde te mandaron, que nosotros iremos por la cartera.

Y en efecto, reduciendo yo á Maturin, nos volvimos á la fonda.

Una vez en ella, le dije que me iba á acostar. Quería desembarazarme de él para ocuparme de Cristina. Tenia tan presente sus lágrimas, que como Byron, seria capaz de bajar al fondo del mar para buscar la *causa* de aquel *efecto*. Maturin, que se impacientaba por contar á todos su valor y su presencia de ánimo durante la tormenta que nos cogiera frente á Rivadeo, y por acercarse á la redaccion de *El Cronista de Galicia* para asustarla con los detalles de ella, á fin de que lo mencionaran en sus columnas, y en cambio le insertaran *gratis* una oda que habia compuesto á las rocas del cabo Machichaco; Maturin, pues, me dejó en paz, no comprendiendo como yo iba á acostarme á aquellas horas solo porque estaba cansado.

Pero segun dejo indicado, otro era mi objeto. Como el mozo que tragera la contestacion á la pregunta de Cristina, tenia que pasar por delante de la puerta de mi gabinete para ir al de ella; determiné esperarlo, egercer en fin esa especie de espionage que emplea uno con las personas que le interesan, espionage que condenareis en el pasajero, pero que perdenareis al cronista.

El mozo regresó por fin.

—¿Está?... le pregunté por señas, al pasar por delante de mi gabinete.

El inclinó la cabeza como diciendo que sí; y yo le arrojé una moneda.

Entonces me acerqué al tabique que dividía los dos gabinetes. Quería hacer un experimento acústico.

Pegué el oído á la pared, y oí la pregunta de ella al mozo; otro ¿está? como el que yo le había dirigido, y su contestacion.

Esto produjo en mi una alegría indecible, de lo cual y del hecho vuelvo á pedir perdon, porque no era el viagero, era el cronista el que quería oír cuanto se hablara en aquel gabinete.

—Toma, dijo Cristina al mozo; lleva esta carta al teniente de navio don Carlos de Arévalo, embarcado en ese guarda-costa.

—Señora... entonces necesito un bote para ir al buque; dijo él; lo que quería decir: señora, necesito dinero.

Ella pareció comprenderlo, pues sentí ruido de monedas; y en seguida salió el mozo.

Al pasar el mozo por delante, me enseñó la carta, y yo le hice una seña para que la llevase á su destino. Me figuraba yo lo que contendría; pero estaba seguro de que si quisiera leerla, la leería; pues el mozo era un verdadero mozo de fonda, es decir, muy amable y complaciente con uno despues del primer doblon que se le arroja, y muy perezoso y hurafío cuando no se le hace alguna demostracion por el estilo.

Esperé su regreso y la contestacion de la carta, —y durante este tiempo sentí que se corrían los cristales del mirador del gabinete de Cristina.

Me dirigí al mío para mirar si era ella la que se asomaba, y era ella en efecto; la cual parecia devorar con la vista á los transeuntes como si buscara entre ellos alguna fisonomia conocida.

Al cabo del algun tiempo su cuerpo hasta entonces inmóvil, pareció agitarse con fuertes sacudidas dió dos pasos atrás, como sinopudiese con la emocion que la dominaba, llevándose las manos al pecho, y sus lábios parecían abrirse violentamente para dejar escapar un grito, un nombre.

Busqué el objeto que así lo aterraba, siguiendo la direccion de sus ojos, y distinguí al mozo que venia al lado del marino. Ambos venían hácia la fonda.

Me retiré del mirador y corrí á cerrar la puerta de mi gabinete, con objeto de que él no me viese; dejándola un poco entornado para verlo bien al pasar por enfrente sin que nadie me distinguiera á mi.

Llegó este momento... sonaron sus pasos cerca... miré con ansiedad, y pasó el marino apresuradamente, cantando:

¡In felice, beleno bebeste!

Era una voz y una figura interesante.

IV.

Primera escena del drama.

Apenas vi pasar al marino por delante de la puerta de mi gabinete, corrí hácia el tabique que lo separaba del de Cristina; y me pegué á él como una sombra; atento, ansioso y agitado.

—Carlos! oí exclamar con voz ahogada.

—Cristina! oí pronunciar en seguida con voz alegre.

Despues de estos nombres que despidieron recíprocamente ambos al mirarse tan cerca, sucedió un momento de silencio.

Este silencio era interrumpido por sollozos apagados, comprimidos como por un esfuerzo ó una necesidad dolorosa; y en sus gradaciones débiles, apenas perceptibles, parecían exhalar del pecho de una muger mas bien que del de un hombre.

Era así, en efecto; pues el acento de el marino volvió á sentirse sin alteracion alguna y hasta con tono calaveresco.

—*Perché* llorar, ángel mio? la dijo: ¿no estás al fin á mi lado?

—Oh! si... si... tartamudeó ella; estoy á tu lado ¿pero cómo? sola, sin pariente alguno, sin título alguno... ¡Ay! ahora es cuando conozco la enormidad de mis faltas! Estoy á tu lado dos veces perdida!!

—Qué delirio! exclamó él.

Y en seguida se puso á cantar:

*«Da quell di che t'ho vedutla
bella come un primo amore
la mia pace fu perduta...»*

—Sí... sí, continuó ella con una voz desgarradora; tú habrás perdido la paz desde el dia en que me viste; pero yo Carlos... yo perdí... mi honra... perdí mi familia... lo perdí todo... todo... todo, porque hasta Dios creo que me ha privado de su gracia desde entonces. ¡Un año, Carlos!... ¡Hace un año que vivo entre el cielo y el infierno... adorada por tí y aborrecida por todos!

—¿Y qué te importa el mundo?... ¿Qué te importa esa sociedad incapaz de apreciar jamás el fuego ó la intensidad de la pasion que nos devora?

Y volvió á cantar del Hernani:

*«Meco vieni, ben vendrai
«quato io t' ami...»*

—¡Ah, Carlos!... ¡Y mi honor!... ¡Y el honor de mi familia!...

—¡Y qué significa eso para lo que te amo, Cristina! contestó él. Vive, vive conmigo... *Di mia cor-te onor sarai,*

—Pero... ¡y mi honor, y mi familia! imploró ella como si tratara de arrancarle el cumplimiento de una promesa, hecha en dias más felices.

El no hizo caso, y se puso á cantar:

*«Vieni meco sol de rose»
«intrecciar ti vo'la vita»
«meco viene, ore penose»
«per te il tempo non avrá.»*

—Oh, Dios mio, Dios mio!! exclamó ella con acento dolorosísimo, como si al par de las lágrimas que parecía derramar de sus ojos, se retorciera los brazos de angustia y de desesperacion. ¡Carlos, Carlos!... ¡A qué hablar de Hernani cuando te hablo del hijo que llevo en mis entrañas! ¡A que cantar cuando lloro á tus piés mi amor y mi deshonra!!

Y oí un ruido semejante al que hace un cuerpo que cae al impulso de un dolor terrible é insoponible.

—*Per Baco*, Cristina! exclamó él: ¡levántate... levántate!... *Per la Madonna*, que me vas á dar un buen dia hablándome de esas sandeces de honor y rayos, cuando tan contento estoy con tu venida!

Y en seguida continuó cantando:

«Tergi il pianto, ó giovaneta»
«dalla guancia scolorita;»
«pensa al gandío che t'aspetta,»
«che felice ti farà.»

—¡Oh, Carlos... Carlos!... imploraba la infeliz arrastrándose á sus piés, como si esperase algo más de su boca que romanzas del Hernani...

Pero él parecía no comprenderla.

Parecía no comprender aquella historia de amor y de deshonra que se escriba con lágrimas á sus plantas, y en la cual jugaba un principal papel.

Yo ya lo habia comprendido todo.

Aquella Inés, deshonrada por aquel Tenorio, le pedia un nombre para su hijo, y otro nombre para ella en cambio del que recibiera de sus padres.

Porque, el que recibiera de sus padres lo habia puesto á sus piés con el inmenso amor que parecía abrasarla, y él habia pisoteado aquel nombre sin pensar jamás en una reparacion decente.

Todo aquello no pasaba de una historia bastante comun, bastante vulgar por desgracia; pero los dos caracteres que sostenian la accion de aquel drama, se singularizaban bastante por cierto. Ella, la Hay-dee de Byron materializada: una creacion exquisita, espiritual. El, un Lowelace de brea y alquitran, una creacion repugnante, cantando árias del Hernani ó de la Lucrecia, lo mismo cuando corria un temporal que cuando veia una muger á sus piés en circunstancias tan críticas como aquellas. Incapaz de apreciar ningun sacrificio por la rudeza salvaje de sus sentimientos, Carlos de Arévalo no era una individualidad poética, nacida en el gabinete del dramaturgo para aparecer una noche en la Cruz ó en el Príncipe: era el tipo de la juventud marítima de nuestros dias y de todos los tiempos, en *las barrascas de su vida terrestre*, como dijo oportunamente un poeta contemporáneo al hablar de lo que ellos caracterizan por *calaveradas de puerto*.

Ella no cesaba de repetir el nombre de él entre sollozos.

—Oh, Carlos, Carlos!... proseguia... yo necesito más que tu amor... yo necesito...

El continuaba indolentemente, contestando á

sus lágrimas con *cavatinas* de Verdi ó Donizetti. Esto me hacia tanto daño que por dos ó tres veces estuve por salir de mi gabinete y no volver á oír aquellas súplicas que me desgarraban el corazon, y aquellos cantos de ópera que tan siniestramente coincidían con ellas.

Tuve un momento tal de desesperacion que quise mezclarme en aquel drama, y terminar satisfactoriamente tan dolorosa y terrible escena.

¿Pero cómo y con qué derecho?

Hé ahí lo que me detenía.

BENITO VICETTO.

Se continuará.

ALMA DE HIELO.

De la negra pupila de tus ojos.
encanta al corazon la bella luz;
pero ¡cuántos suspiros de tristeza
despues le arrancas tú!

¡Qué plácido cariño tu presencia
inspira al que de ensueños vuela en pós!
¡qué crudo padecer llega á causarle
tu bárbaro rigor!

Tu cabellera de ébano luciente
parece la melena de una huri:
sonríes como un ángel de los cielos...
¡precioso sonreír!

Gentil como la palma de la Arabia
te ostentas á mis ojos al pasar;
tu pié volando va sobre la tierra,
cual pájaro fogaz.

El eco de tu acento es armonioso
como soñada música de amor:
tu frente es un capullo de azucena...
¡tan blanca la hizo Dios!

Tus labios dos rubies encendidos,
aljófares tus dientes ¡oh muger!
ardor voluptuoso de la vida
tu jóven morbidez.

Hermosa eres de cuerpo ¡muy hermosa!
pero tienes un alma tan glacial,
que amarte no quisiera... ¡ni por todo
el oro de un sultan!

EDUARDO DE PATO.

Ferrol, diciembre, de 1875.